

2

MANUEL CABALLERO, *La Internacional Comunista y la Revolución Latinoamericana*, Caracas, Nueva Sociedad, 1988.

En la década de 1920 surgen como impusados por un mecanismo de puntual exactitud los Partidos Comunistas en la mayoría de los países latinoamericanos. La cultura política y la tradición de luchas que les sirvió de fundamento en cada país, así como las circunstancias sociales a que se vieron enfrentados en cada caso, fue, como se sabe, diversa y cubría un abanico de situaciones que abarcaban la casi totalidad de los matices de la periférica y desigual modernidad latinoamericana. La explicación de ese fenómeno desborda el tantas veces señalado agotamiento del modelo ideológico del anarquismo decimonónico, más vinculado a la cultura política de las masas de inmigrantes que desde finales del XIX vinieron a engrosar la población urbana de los países latinoamericanos.

Que no se trató de un fenómeno coyuntural ni meramente reflejo en la historia social latinoamericana, es hoy una tesis en la que coinciden los investigadores, quie-

nes por el contrario, indagan su carácter sintomático de los reajustes que en ese mismo momento estaban experimentando nuestras sociedades.

Su estudio se complica si tomamos en consideración, como es preciso hacerlo, los simultáneos movimientos de reacción que, desde posiciones políticas de derecha, acompañaron el surgimiento de los Partidos Comunistas o le sucedieron en un corto período de tiempo, complementando de ese modo la polarización de la conciencia política local que así se ajustaba al panorama internacional, siguiendo un ritmo acoplado a las transformaciones económicas y sociales agrarias y la estructuración de sociedades modernas bajo la dirección de flamantes burguesías pseudo-nacionalistas.

El conjunto de transformaciones de la esfera política que se inscriben en el marco de la modernización social iniciada en la segunda mitad del XIX, no se explica, ni siquiera parcialmente, mediante el expediente simplificador de la sola influencia externa, aunque la misma haya sido planificada por un órgano centralizador y profesionalizado como la Tercera Internacional. Un intento de explicación de esa naturaleza, reduciría falazmente la compleja conflictualidad social, económica y política del continente a la falsa condición de un cuerpo pasivo y amorfo.

Claro está que Manuel Caballero no incurre en esta facilidad. Así como tampoco su estudio de las ideas acerca de la revolución latinoamericana llega a interrogarse por el sentido de las transformaciones de la conciencia política en América Latina, una de cuyas manifestaciones apenas es el surgimiento de los

